

Los lugares de la escritura: Trieste

Traducción de Teresa Meneses y Héctor Orestes Aguilar

En cuarto año del *Gymnasium*, cuando teníamos catorce años, un compañero mío de la escuela que entre finales de la preparatoria y principios de la universidad se distinguía por su costumbre de dividir equitativamente sus ahorros entre la adquisición de las obras completas de Kant y Hegel y sus metódicas incursiones en los modestos *nights* triestinos, solía preguntar a bocajarro, cuando el padre lo presentaba a alguno de sus conocidos: "Perdone, ¿usted es teísta, ateo o panteísta?" El interrogado, a menudo un comerciante de café o un funcionario de seguros de mediana edad, esbozaba perplejo un vago gesto de aprobación, con el que trataba de expresar sus cumplidos por la precoz profundidad filosófica del muchacho y de esconder su reprobación ante su malcrianza; mientras, el padre, ex-oficial austrohúngaro, se apresuraba a disculparse, prometiéndose hacerle entender en privado a su hijo, tal vez con la ayuda de una cachetada, las reglas de la buena educación y la exhortación a no entrometerse entre los hombres y sus dioses.

El problema de aquellos respetables señores era auténtico, porque aparte de la juventud de mi inquisitivo camarada, esa pregunta sorpresiva e indiscreta difícilmente podía tener una respuesta precisa, y probablemente habría hecho vacilar, así fuese por un instante, incluso a un obispo o a un presidente de la liga en favor del pensamiento libre, en la medida en que no se puede responder a semejantes cuestionamientos con la misma seguridad con la que se declara el lugar de residencia o el número del código fiscal. También la pregunta sobre la relación entre el escritor y su tierra incomoda un poco, por su indiscreción, al interrogado, porque implica la posibilidad de que pueda hacerse constar en acta y definir el horizonte que nos envuelve y el aire que se respira, el correr de las horas y la melodía de nuestra existencia, la entonación y el estilo con los que vivimos y conducimos diariamente, conscientes o ignorantes, nuestra vida. Existen verdades que no se pueden describir o declarar como se hace con un teorema o con una profesión ideológica, sino solamente contar, como hacían los maestros hasidis, requeridos para explicar una verdad de fe, contando una parábola, una historia con personajes y vicisitudes específicas.

¿Qué relación existe entre quien escribe y los lugares en

los que para él se condensa la imagen determinante del mundo; entre sus palabras, por grandes o mínimas que sean, y la simetría de ciertas calles, los colores de un otoño, el sabor de un manjar o el olor de las algas? Si es necesario formular esta pregunta, si las páginas del escritor no la han respondido ya antes, resulta inútil preguntárselo y esperar su respuesta; sus páginas lo dicen, en la manera en que representan el gesto de un personaje o evocan una noche, la pregunta y la respuesta son un tanto cuanto inútiles y frustrantes, fácilmente oscilan entre una sofisticada elucubración intelectualizada y un patético sentimentalismo.

Difícilmente Joyce o Singer, alabados por ilustrar la relación entre su obra e Irlanda y los burgos judío-polacos, podría decir algo lógico con relación a la presencia, real y no teorizada, de Dublín o de Yampol en sus libros. No tiene mucha importancia, desde este punto de vista, que la pregunta vaya dirigida a un gran creador o a un modesto artesano de palabras a quien vierte en libros duraderos la realidad de todos o a quien apostilla su pequeña fugacidad cotidiana con notas marginales. El retórico habla de la vida, y lo mismo sucede con los lugares primigenios de nuestra existencia, en los que nuestra vida sumerge sus raíces esenciales y que se asemejan al sol del que habla Fausto, cuya luz nos hace ver las cosas pero no se deja atrapar directamente por la vista.

Reacio e incapaz, el periodista de tercera página entiende que quiere eludir la pregunta que le es planteada, aun si precisamente esta resistencia a definirse, a hablar de las raíces de su persona, de su sentido de la vida, es quizá la prueba más palpable de su triestinidad. Busca con relucencia palabras suyas, inconfundiblemente suyas para eludir esas ramificaciones que, como los meandros de una circulación sanguínea, ponen en la predecible urdimbre de su sintaxis y en el repertorio de su léxico las aguas vitales provenientes de lugares, tradiciones, rostros, figuras, inflexiones de pronunciación, pasiones, nostalgias y rencores que allende el Isonzo parecen hacerse incomprensibles.

Mientras que en la hoja su evasión va tomando forma lentamente en la arquitectura de las frases, él descubre que de la pluma le vienen palabras ya dichas por otros, pero no por esto las siente menos suyas, como no se sienten menos per-

sonales las palabras con las que se cuenta la propia historia y que existen ya en el vocabulario o en boca de otros. "Quisiera decirles", escribe Slataper al principio de los tres primeros párrafos de *Il mio Carso* (*Mi Carso*), en 1912: confesaba que le habría gustado decirle a sus lectores, es decir, a los italianos, que había nacido en una casucha en el Carso o bien en un bosque de robles en Croacia o en la llanura morava. Habría querido hacerles entender que no era un italiano y que solamente habría "aprendido" esa lengua con la que escribía, que no le sosegaba sino más bien le reavivaba "el deseo de regresar a la patria porque aquí me siento muy mal". Pero sus lectores "avezados y sagaces", añadía, de inmediato habrían entendido, en cambio, que él era "un pobre italiano que trata de evadir sus solitarias preocupaciones", un hermano suyo, atemorizado, por lo demás, ante su perspicacia.

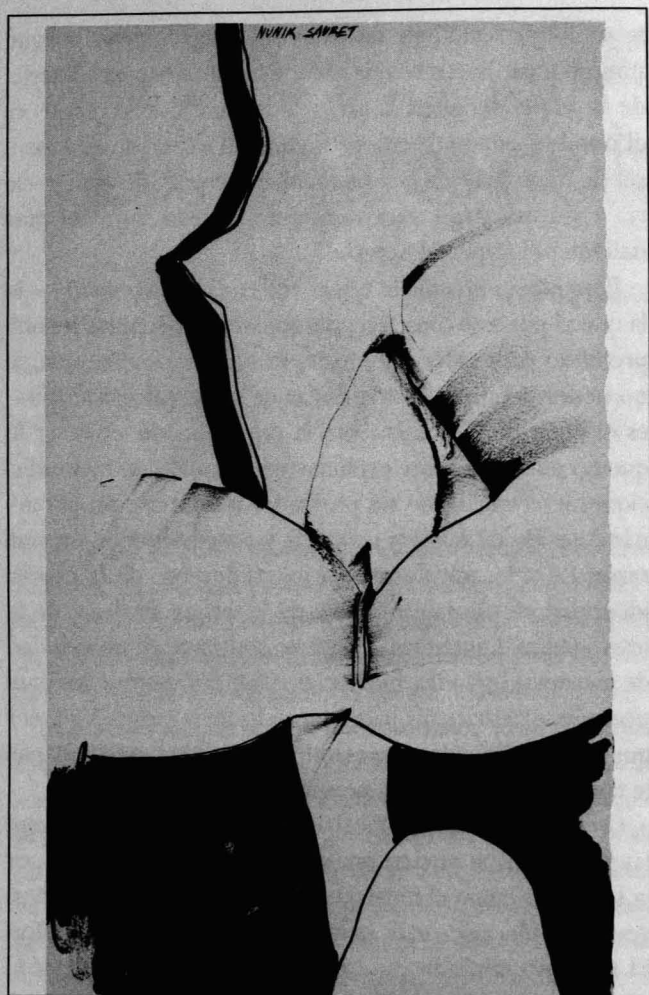
Esa diversidad, que constituye la triestinidad de Slataper, es señalada como real pero indefinible, auténtica cuando es vivida en la retrógrada interioridad del sentimiento e inmediatamente falseada cuando es proclamada y exhibida. El patrimonio plurinacional, que Slataper siente confluir en sí mismo, está tan fusionado en su persona que no se puede precisar; los mañosos y lerdos lectores se han equivocado al no advertir su real diversidad de triestino respecto a los italianos, pero ésta última se sustrae a toda formulación explícita, inevitablemente engañosa: Slataper no nació ni en el Carso, ni en Croacia, ni en Moravia, el italiano es su lengua madre e italiana su nacionalidad, aunque resuma en sí misma una argamasa compuesta. La patria de la que él sien-

te nostalgia realmente no existe en ningún lugar, porque ningún lugar le ofrece una identificación completa. Trieste, de la que él denuncia la carencia cultural que lo repele, es el nombre amado de esta patria que no existe, de esta esencia de la propia vida que no logra expresarse, de esta precaria y sin embargo irreconciliable síntesis entre el mar italiano y el Carso esloveno.

Pero esa imprecisable e incomprensible diversidad —de la que el poeta se complace, porque necesita sentirse incomprensible para saber que existe, ya que de otra manera, al no poder definirse, podría dudar de su propia existencia— es el lugar de la poesía. Sólo la poesía puede expresar lo que no puede definirse explícitamente, contar las contradicciones irreconciliables sin pretender resolverlas, proporcionándoles de tal manera sustancia y convirtiéndolas en una razón de vida, transformar la incertidumbre de la propia identidad en un viaje en busca de la misma, es decir, de la identidad más auténtica. Trieste se convierte en una ciudad de escritores, grandes, mediocres o fallidos, porque los contrastes que destruyen y paralizan su historia inducen a creer que sólo escribiendo, expresando inmovilidad, puede dársele consistencia a la propia persona.

Creer en Trieste significaba —y significa todavía— darse cuenta de que se vive en una ciudad de papel, cubierta por la literatura como el imperio que, en una parábola de Borges, está cubierto por su mapa trazado por los cartógrafos. El triestino también es el resultado de una sustracción, como el austriaco del que habla Musil, que era un austro-húngaro menos el húngaro. En Trieste uno adquiere fami-





liaridad con el anacronismo con el que está entretejida, por doquier, la historia de todos; uno se acostumbra a soportar pero también a amar y a gozar ese desatino general que es el mundo.

Cuando regreso a Trieste, aunque sea después de una ausencia de pocos días —en estos años me ha sucedido cientos de veces— me parece que salgo de un tiempo rectilíneo, que sigue de frente dejando el pasado a las espaldas, para reingresar a un tiempo discontinuo y contradictorio, que avanza y retrocede replegándose cada vez sobre sí mismo, suspendiendo la sucesión de las cosas haciéndolas simultáneas, alineando una al lado de la otra, como detritus en la playa, estaciones y épocas diferentes y lejanas.

Trieste es como esa casa —situada en un suburbio de la ciudad— que el protagonista de una novela de Gramigna, un escritor imaginario, atraviesa, reviviendo en ese instante atemporal la totalidad de su existencia. Se encuentra en un *collage* en el que nada se ha transferido al pasado y ninguna herida se ha cicatrizado con el tiempo, en el que todo está presente, abierto y doloroso, en el que todo coexiste y es contiguo: imperio habsbúrguico, fascismo y 1945, nostalgias real-imperiales, nacionalismo e independentismo, patriotas italianos de apellidos eslavos y viceversa, irritados eslovenos y liberal-nacionales obsesionados por los seis husos horarios del mundo eslavo que comienza a las puertas de la ciudad, memorias del éxodo istriano e intolerancia por sus víctimas, la obstinada sabiduría de la *Mittleuropa* judía, la reluctante

inteligencia eslovena y aquella épica y sosegada del Friuli, culto de la italianidad que le reclamará a Italia no ser la verdadera Italia y no entender el amor triestino por Italia y termina por no querer saber nada más de los italianos.

Afuera, en el mar, el viento dispersa las nubes, encrespa las olas y deja huir a las burbujas una a una, hacia las costas blancas y la tierra púrpura de Istria, en un horizonte claro, en una luz de nórdica lejanía que parece el fondo transparente de la vida misma, la promesa de todo lo que carecemos. Pero adentro, en los cafés y en las hosterías, el tiempo se ha condensado en grumos distantes y adyacentes; pasar de una mesa a otra quiere decir salir de una época a través de una invisible puerta temporal y entrar en otra. Esta desconexión, tan evidente, es ahora la desconexión del mundo y del arte que lo reproduce; tal vez por esto uno se siente tan en casa en esta ciudad en la que un viajero a principios de siglo decía sentirse como “en ningún lugar”, en la irrealidad, y quizá por esto uno siente un poco de molestia al sentirse tan en casa entre esos dispersos entes del tiempo.

De esa inmovilidad nace el deseo o la necesidad de escribir, la escritura ensayística y oblicua de quien se siente un pasajero clandestino en la historia. Quien se encuentra en los márgenes de la vida escribe de algo para aludir a otra cosa, a la fugitiva e incontrolable vida que lo hace tambalear; rodea y atrapa con palabras irónicas y estrujantes esa vacuidad que es su destino y encomienda esas palabras a una botella, porque no sabe bien a bien cuál sea el público para el que escribe, cuál sea el centro de su periferia. Como en la parábola de Borges, el viento de la existencia arranca aquí y allá el mapa de papel que cubre la ciudad, y entre los rasgones y los pliegues de ese papel ajado aparecen encantadores fragmentos del mundo, esbozos carmesíes del Carso, el gran reclamo y abandono del mar, la luz y las reverberaciones de las costas, el ala del viento, la mesa de una taberna donde alegremente uno se desentiende del malentendido de la existencia.

Entre esos pliegues, entre las orejas de burro de ese papel se goza un agradable placer de vivir, y se tiene la sensación de que todo debe volver a comenzar, que la vida todavía está por venir. La fascinación del no-tiempo triestino, de su mosaico heterogéneo e inconexo, se encuentra en esta promesa siempre suspendida y diferida, este crepúsculo de la vieja Europa que siempre espera que le llegue su hora.

De esta inolvidable promesa nace una sanguínea y artera melancolía, la prudencia del vino que nos avisa que ha llegado el momento de irse pero que invita a quedarnos un poco más, una luminosa poesía de la amistad. Ese lugar mítico de la fantasía, que hace entrever la felicidad para contradecirla de inmediato, es un regazo materno del que se escapa pero que nos jala hacia atrás, un cordón umbilical que se resiste a dejarse cortar, que obliga al triestino a amar la ciudad de lejos y a denigrarla de cerca, a maldecirla constantemente y a hablar de ella todo el tiempo. Hace ya veintitrés años, dice orgullosamente en dialecto triestino un amigo residente en Milán, que no pongo un pie en Trieste. ♦